

PERSPECTIVAS INTERDISCIPLINARIAS DE LA ADOLESCENCIA

Por Eduardo José Cárdenas

Mi particular punto de vista es el de una persona relacionada con la ley social, ya que fui durante veinte años juez de familia y actualmente soy abogado de familia y mediador familiar.

Es difícil añadir algo propio a lo mucho y bueno que se ha escrito y dicho sobre el tema. Me ceñiré entonces a exponer brevemente lo que a mí personalmente no me ha dado resultado pensar a lo largo de mi carrera. Y luego lo que me ha dado buen resultado pensar.

Diré en primer lugar que no me ha dado buen resultado ver la adolescencia desde una perspectiva adultocéntrica.

Desde este punto de vista, la adolescencia aparece como una etapa de tránsito hacia la madurez (más exactamente hacia la primera juventud o hacia la emancipación).

Así vista, la adolescencia es una etapa de moratoria, de despliegue desequilibrado, casi de enfermedad efímera, en busca del resultado, del equilibrio, de la incorporación a la sexualidad estable y hacia la productividad que la madurez implica.

Generalmente es por eso, me parece, que la adolescencia es vista peyorativamente y así se traduce en el lenguaje usado tanto en los libros de psicología como en la jerga que cotidianamente usamos.

Los adultos esperan que el adolescente por fin “haga algo”, con lo cual dejaría de ser adolescente (“no me importa siquiera que toque en una banda rock, dicen los padres, siempre que lo haga con coherencia, que haga algo”, dicen los padres).

No se registran como valiosos, por lo general, rasgos de la adolescencia, como para desear que persistan a lo largo de la vida. Con la niñez en cambio ocurre lo contrario (queremos ser confiados y lúdicos como los niños, aun cuando seamos ya adultos o ancianos).

Sin embargo, aun siendo adultos añoramos secretamente a veces volver a esa etapa en que nos enamoramos algo descontroladamente y experimentamos

por primera vez en muchos terrenos.

Esta contradicción del adulto al visualizar la adolescencia siempre me pareció significativa y algo hipócrita.

En todo caso, siempre que he focalizado la adolescencia de este modo, he fracasado.

Igual fracaso he tenido si he mirado la adultez desde la perspectiva adolescente. Más de una vez he juzgado a los adultos burgueses (de los que formo parte) como tontos, falsos o cobardes. Esta descalificación siempre me ha conducido mal, al igual que la primera.

Para ambas descalificaciones pueden encontrarse avales científicos, pero están avaladas por resultados exitosos, al menos en mi caso.

Me ha ayudado en cambio, y he podido ayudar a la gente con problemas, mirando honestamente al mundo adulto y al mundo adolescente como eso: como dos mundos.

Trato de contemplarlos desde una perspectiva humorísticamente antropológica. Y pienso que es la primera vez en la historia de la humanidad en que para hacer excursiones e investigaciones antropológicas no tenemos que remontarnos atrás en el tiempo (al antiguo Egipto, por ejemplo) ni lejos en el espacio (verbigracia al África) sino que nos basta transitar entre el living de casa y el dormitorio del adolescente.

El tránsito de una cultura a otra aparece entonces manifiesto.

Si puedo no condenar ninguna de las dos culturas (no condeno la droga ni la delincuencia juvenil ni la falsedad o cobardía adultas) ya empiezo a solucionar el problema.

Si puedo hacer más todavía y valorar las dos culturas con auténtico respeto y quizás hasta con admiración y aprecio por ambas, el problema está resuelto.

En primer lugar, por que lo que buscaré de ahí en más no es que el adolescente se transforme en adulto (y hay varios modos muy taimados de actuar este deseo, aun desde una perspectiva progresista) ni que el adulto sea como a mí me gustaría que fuese.

Lo que buscaré será un entendimiento de adultos y adolescentes para una convivencia colaborativa, sin pedirle a ninguno de los dos que cambie (y hay formas muy taimadas de exigir cambios aun desde una mirada democrática). Buscaré y exigiré solamente colaboración mutua para el crecimiento de todos.

Además, y casi como un regalo extra, muy a menudo encontraré en ese preciso momento que adultos y adolescentes tienen entre ellos muchas cosas

en común, muchas más de las que piensan.

Por último, pienso que esta visión de las cosas me ayuda a vivir en el mundo de hoy y a comprenderlo. Nos hallamos, no soy el primero en decirlo, en un tránsito entre dos culturas. Nuestros viejos dioses ya no nos sirven demasiado (y, perdónenme si lo digo, tampoco los del psicoanálisis). Pero los nuevos no aparecen todavía. “Es demasiado tarde para los dioses y demasiado temprano para el ser”, decía Heidegger.

Cuando el Almirante con sus tres carabelas a cargo se encontraba en el medio de la mar oceánica, habiendo abandonado una tierra a la cual ya no era posible volver y no encontrando todavía la tierra buscada, la angustia y la violencia crecieron. Colón tuvo que recurrir a la autoridad de Dios y del Rey, pero no fue suficiente. Mintió en el diario de bitácora, y tampoco lo fue. Imaginó con exageración que muchas algas y aves venían de la nueva tierra, pero nada bastó.

Pienso yo que la adolescencia es una forma intrépida e irresponsable de creer en el futuro y que la adultez es una manera algo miedosa y violenta de desprendernos del pasado. En medio del viaje, todos tenemos que ayudarnos para poder seguir viajando.

Table of Contents

[PERSPECTIVAS INTERDISCIPLINARIAS DE LA ADOLESCENCIA](#)